

desde luego decadentes, pues el modernismo era aún herejía en Guatemala. Helo aquí: "Llega, cual una exhalación viviente, — por yo no sé qué ruta misteriosa, — como salta una gema luminosa — de un estuche que se abre de repente. — Finge el rumor de una hélice tremente, — y vibra, suspendido ante una rosa, — igual que en una oreja pudorosa — el fulgor indeciso de un pendiente... — En cada flor el largo pico esconde; — y parte al punto, sin saberse adónde, — con la velocidad del pensamiento. — Tal parece al rayar la tarde quieta, — un destello de luz ultravioleta — que huyó del sol y se perdió en el viento..."

Es difícil hallar, en tan pocos versos, una instantánea más rica de color y movimiento. Sin embargo, yo prefiero la expresión del poeta que viene detrás, a la sordina, en la baja tarde de su agonía visionaria...

4

Durante sus años maduros, Félix evoluciona hacia aquel "subjetivismo que reproduce estados particulares de alma como expresión de una parte del todo universal a que pertenece el sentimiento humano": aquel subjetivismo en que Al-

berto Velázquez da la nota de más grave y extenso tono entre los líricos guatemalenses de entonces a los días actuales. La musa esotérica, con arrobos místicos y crepusculares melancolías, con dejo de renuncia y lampos de luz extraterrestre, fue su última musa. La triste amada, la compañera insomne del poeta desgarrado, temático interrogador del misterio — que ya le tocaba con sus manos imponderables y se tendía junto a él en su lecho, que anticipaba el túmulo — le dió diez cantos, probablemente aquellos a que él mismo alude como su producción más reciente. Suma y compendio del tal estado psíquico es el tercer soneto de su poema *De mi ventana*, en que su poesía adquiere figuración y alcance de símbolo: "Me ha cegado la sombra, y mi ceguera — es la de esta ventana sin mirada, — que de tanto mirar, no mira nada, — que de tanto esperar, ya nada espera. — Inútilmente velaré la acera: — ninguno ha de pasar. La luna, alada, — vagará por mi reja abandonada, — del olvido llegó, como a la piedra — de un monumento que fue gloria vana... — Y mi espíritu, al fin, silentemente, — junto con los cristales del poniente, — va cerrando, despacio, su ventana..."

Esta infinita desolación interna, "que ya no espera nada", y se expresa con sabia sencillez de emoción y vocablos, es parigual de aquella de los grandes desolados de la poesía, ya casi elegíaca en el cantor guatemalteco. Imposible negarle esta calidad suprema, saturada del romanticismo elemental que he atribuido a los líricos del movimiento modernista en esta porción de las Batuecas centroamericanas, y que es característico de los poetas de aquel período, incluso del jerarca Rubén.

Como Osmundo Arriola, como Oscar Mirón Álvarez y tantos otros de su generación y las inmediatas siguientes — los del hado adverso y la frustración temprana — Félix fue un malogrado, no obstante la obra que entregara al regateo de nuestra párvula crítica y a la indiferencia insuperable de la muchedumbre semiculta, y a pesar de que sus logros indiscutibles tendrán que figurar en la aún no intentada antología lírica guatemalteca.

Carlos Wild Ospina

Xelajú, mayo de 1954

Guatemala, campana rajada

Colaboración de Jorge CARDONA

"En el camino de la civilización — nos dice Sarmiento— las naciones corren, se cansan, se sientan a la sombra a dormir o se lanzan con ganas de llegar antes que otras"

El escritor Luis Cardoza y Aragón ha publicado dos valiosos libros: "Guatemala. Las líneas de su mano" y "la Revolución de Guatemala". El primero me llegó a esta ciudad, con dedicatoria que nos honra y le agradecemos; el segundo lo compré a *Cuadernos Americanos*, de la ciudad de México.

El primer volumen es maravilloso, no sólo por el descubrimiento que hace de su tierra después de larga ausencia en el exterior, sino por el sobretono con que analiza la validez del hombre desde los días aciagos de la conquista hasta el presente, ayer, como hoy, cubierto de iniquidades humanas, siendo el segundo de estos libros el más intenso, interesante estudio, del tema de la Revolución de Octubre, hecha trizas por el imperialismo yanqui. Pero los dos volúmenes se complementan y dan la visión integrada de su pueblo, cuya lección para Hispanoamérica será siempre una dolorosa experiencia.

Mi hijo Alfredo ve en Cardoza y Aragón a uno de los ensayistas más notables de nuestra época y por él sabemos que ha sido embajador de Guatemala en París; conoce Moscú, China, Persia, todo el Oriente y es relativamente joven, pero un sabio en su estilo. Y así es. A poco de leerlo se advierte transparencia, una fina *sfumature* que encanta y se desliza entre conceptos y atisbos, como cuando observa el paisaje y el color de su tierra, pero sin distraerlo de la realidad, que es materia con su eternidad de estelas, indigenismo, mestizaje y desembocadura en el rudo batallar.

Por la justicia que baña simultáneamente a cada uno de estos libros, por el noble acento de su preclaro empeño, nos ha parecido sentirlo como un nuevo Las Casas, en cuanto se alza como paladín o es puro ardor de cólera contra los crímenes que se han cometido y se cometen en la desnudez y amargura del pueblo guatemalteco.

Indudablemente que para todos, hombres de estudio, obreros y juventudes de nuestra América; para quienes tengan fe en la conciencia y el porvenir de nuestros pueblos, estos libros son quintaesencia para conocer toda la tragedia ocurri-

da en Guatemala, una tragedia que el imperialismo y la traición desató con furia, con maldad increíble, "semejante a aquella fuerza etónica que según los griegos operan en un mundo subterráneo y hieren de sorpresa a los mortales sin que a su oscuro escondrijo llegue el clamor de la voz humana" (Picon Salas).

El estudio que el autor ha hecho a través de la historia de su país, buscando en el pasado lleno de grandeza, con fervor, "con ojos de niño antigüeño y otro de adulto cosmopolita", es intenso, un perfecto retrato de Guatemala.

El recuerdo que hace de Bernal Díaz del Castillo —a quien tenía enterrado bajo su cama— forma un capítulo avasallante, delicioso. Leyenda e Historia, lo verdadero que preserva el tiempo. El viejo soldado, el cronista admirable, le enternece; siente al estudiarlo una verdadera revelación, ve en los relatos a su pueblo batallador, sufrido, siempre explotado; descubierto en Europa por el autor guatemalteco al toparse con el insigne historiador español!

La lectura del celebrado Cronista y el regreso del autor a su país, que le encuentra despertando, rompiendo sus cadenas, haciéndose dueño de la tierra que le pertenece, lo exalta, le hace respirar, y el nuevo marco de cosas cobra un nuevo y sugestivo relieve y se le hace lágrima, no consuelo; el consuelo, repite con Fierbach, es reaccionario.